

RG - 2

EL INTELLECTUAL Y LA REVOLUCION

Comandante Jorge Serguera

Página 6

CHINA: EL OTRO COMUNISMO

K. S. Karol

Página 19

Una novela sin ficción: a sangre fría / G. Plimpton

Página 49

EL SAQUEO DEL TERCER MUNDO *Pierre Jalee*

Página 64

EL LARGO VIAJE / Ambrosio Fornet

Página 77

POEMAS / Fernández Retamar

Página 80

La minuciosa conquista del estruc- turalismo / Jean Francois Kahn

Página 84

CUBA, ESE PAIS / Dalmiro Saenz

Página 88

Tres preguntas a Lisandro Otero

Página 94

EL ACTUAL Y LA LUCION

I.—La Revolución

guera

Una revolución es la ruptura con un sistema social viejo, arcaico, antiguo. La diferencia entre un pueblo en revolución y ese mismo pueblo, anteriormente, tiene que ver con la nueva forma de pensar, la nueva circunstancia, la nueva vida, el cómo se conciben todas las situaciones, todas las relaciones: políticas, económicas, sociales. La psicología del hombre con una diferencia temporal de 10 años, ha cambiado, se ha transformado. El grupo social en su conjunto no es igual a ese mismo grupo social con algunos años de diferencia anteriores. Una revolución es un cambio violento, frente a todo lo que existía anteriormente. El hombre revolucionario en el poder, en una sociedad que hay que transformar es distinto al hombre revolucionario en una sociedad transformada donde lucha por alcanzar el poder. El hombre revolucionario en la primera etapa, en la sociedad que hay que transformar, es decir, el revolucionario en un país donde existe la explotación del hombre por el hombre, se diferencia del político clásico, no sólo por tener una ideología distinta, sino también por la forma de obrar distinta y por perseguir fines distintos. En esta situación de tres dimensiones, que podríamos sintetizar en idea, forma de obrar y fin que se persigue, podría uno teóricamente establecer desigualdades en cuanto a revolucionarios se refiere dentro de una diferenciación, pero lo distinto, lo que distingue a un revolucionario de un político clásico, es que el político clásico, aun cuando su forma de pensar reviste caracteres de revolucionario, sin embargo no se corresponde con el obrar, existe una ruptura en el revolucionario tradicional, como político clásico, dentro de una sociedad burguesa, con el verdadero revolucionario. Tomemos ejemplo para mejor explicar.

El revolucionario, tal como lo entendemos en un país burgués y el que se dice revolucionario por las ideas que persigue dentro de ese país burgués. Entendido por este último el que, enquistado en un Partido, persigue fines acordes con concepciones revolucionarias y humanizadas dentro de las contradicciones sociales en el seno de ese pueblo. Este que como ser político ha aceptado conjuntamente con los otros políticos cuyas ideologías son distintas, las convenciones, leyes, decretos, reglamentaciones, regulaciones de acontecer de dicha sociedad, trata por medio de los esquemas contruidos y aceptados por la clase que detenta el poder en ese estado, de transformarla con métodos aceptados y que se corresponden con la aceptación de la idea del desarrollo que la propia clase poseedora ha impuesto a todos los ciudadanos.

En ese sentido los límites de obrar de dicho revolucionario están restringidos por las fronteras que le vienen impuestas por la clase poseedora. El otro, el verdadero revolucionario, no acepta dichos límites, tiene sus propias leyes, su propia concepción de la transformación, se rebela contra el marco que trata de imponerle la clase poseedora, y al rebelarse, naturalmente, hacen crisis en él las ideas contruidas por la clase poseedora y ésta, naturalmente, trata de destruir físicamente a aquel que no acepta los límites que van del conservadorismo total al radicalismo legal que permite cualquier sociedad dividida en clases. Esa legalización de los límites entre la derecha y la izquierda resultan en realidad reaccionarias y conservadoras al verdadero revolucionario. Sus leyes son transformar, destruyendo todo lo que se oponga al cese de la explotación del hombre por el hombre, destruir las instituciones que impiden y obstaculizan la igualdad entre los hombres, el ejer-

cicio de los derechos, el acceso al conocimiento de la colectividad. En este sentido parece que existen dos clases de revolucionarios: el conservador y el radical, pero no existen dos clases de revolucionarios. Existe un revolucionario, el otro no debe de serlo al aceptar el marco que le impone la burguesía en el poder. Aceptar leyes impuestas por una clase en beneficio única y exclusivamente de la clase que detenta el poder es la aceptación tácita de que esta clase tiene derecho al beneficio y usufructo del poder. Creer que dentro de los valladares impuestos por la burguesía pueden hallarse métodos y formas de destruir estos valladares y en consecuencia sustituir a la burguesía por un gobierno capaz de acabar con la división de la sociedad de clases, es como creer que aceptando jugar pelota, podemos modificar las leyes del juego de pelota.

El revolucionario tiene sus propias leyes. El hombre individual que no adecúa su pensamiento, su acción y su fin a las imposiciones de una sociedad injusta, es revolucionario por su idea, por su forma de obrar y por el fin que persigue. La diferencia, pues, entre el político y el revolucionario no es solamente de idea, porque pueden haber hombres de ideas semejantes pero los métodos de obrar son distintos. Es justamente el método, la forma de obrar, lo que distingue a los hombres, incluso lo que distingue el que un revolucionario sea mejor que otro, el que un revolucionario lo sea más que otro, y hace además el que una revolución sea mejor que otra, el que una revolución sea más profunda que otra, el que una revolución sea distinta a la otra, el que distinga incluso, la profundidad de la conciencia de los pueblos, porque lo que profundiza la conciencia, lo que hace que un pueblo sea más revolucionario que otro, es la forma de obrar, colectivamente, de un pue-

Una revolución es una protesta, es el resultado de contradicciones de clases...

blo con relación a otro pueblo, pero las masas en su conjunto, aun cuando pueden tener tendencia a obrar de forma semejante, no lo logran si sus dirigentes que son el patrón de conducta, que constituyen el modelo de conducta, el ejemplo, la forma en la que se ven retratadas con tendencia a la perfección, el cómo debe ser, el dónde y el cómo debemos resolver las situaciones, los que determinan justamente situaciones de principios que no son ni están jamás reguladas por la imposibilidad práctica que tiene, el poder edificar cómo se actúa dentro de la multiplicidad de situaciones a que dan lugar las relaciones sociales, hacen que lo sepa de forma intuitiva, por tradición, por verlo, palparlo, conocerlo, vaya, poco a poco, de un pequeño grupo, extendiéndose a todo el conjunto social, una forma de ver y de obrar que en el tiempo resulta en una sociedad tradicional e institucional larga, pero en una sociedad en revolución, corta, dependiendo el tiempo de seriedad, originalidad e inteligencia de sus máximos dirigentes. Así el conjunto social obra, va superándose, ensanchando sus horizontes políticos, sociales, profundizándose un conocimiento, esa ligazón estrecha de dirigente y pueblo que formalmente existe como diferencia entre dirigentes y dirigidos.

En un proceso revolucionario va quedando un poco atrás, distinguiéndose la dirigencia de los dirigidos por ser los dirigentes los más capaces, los más revolucionarios, los de mejores perspectivas aquellos de los que hay que aprender, a los que hay que imitar, los que forman el modelo de conducta del ser humano. Aquel en el que la injusticia no cabe. Una revolución en expansión, una revolución cuya característica fundamental es la ruptura con arcaicas concepciones del derecho, moral, religión, política, entraña, naturalmente, el surgimiento de un nuevo concepto del derecho, la política, la

moral, la filosofía. Esta nueva ideología, cuya base principal y cuya ética fundamental tiene que ver con la naturaleza del hombre, con fines concretos del hombre sobre la tierra en cualquier lugar que ocupe en el mundo, choca contra todos los valladares que ha construido el hombre históricamente, simbólicos o naturales, ya sea el concepto de nacionalidad, de territorio, de población, y son sustituidos por nuevos conceptos de internacionalismo, de solidaridad.

Una revolución es una protesta, es el resultado de contradicciones de clase en el territorio en que se produce, pero a su vez, porque las clases sociales en el poder también son internacionales en sus intereses, provoca un choque entre el país revolucionario y los antiguos países amigos en el que las clases poseedoras van viendo el surgimiento de un enemigo, el peligro que entraña por el ejemplo y por la universalidad que representa el fenómeno es la causa determinante en el apoyo inmediato que dan los países burgueses a los elementos contrarrevolucionarios internos, y a su vez el que organizados y conscientes dichos países, provoquen agresiones contra la revolución, tratan de matar, de destruir el fenómeno social que pone en crisis los sistemas establecidos, lo absolutamente aceptado por las clases detentadoras del poder en los otros países. A este hecho unido a la universalidad de los conceptos de un proceso revolucionario, hay que achacar la tendencia expansiva de una nueva revolución en el espacio.

Una revolución tiene muchos peligros y corre muchos riesgos; peligros internos y externos; enemigos internos e internacionales; elogio y crítica.

Una revolución puede ser semejante a otra, pero jamás igual. Un país que en el pasado hizo una revolución y que se institucionaliza en el tiempo, no es igual a un país en revolución, no pueden com-

prenderse, no pueden entenderse. Uno se encuentra en desarrollo, el otro sin estar en revolución se halla estancado dentro de determinados límites enmarcados en situaciones político-económicas internas e internacionales. Uno es una represa, el otro es una cascada, un río desembocando en el mar. Los conceptos de internacionalismo y solidaridad no pueden ser iguales, no se identifican.

Uno lucha por sobrevivir, el otro por extenderse. Una masa revolucionaria no tiene contención, es una masa histórica, construye, hace, crea. Un pueblo que no está en revolución acepta, no discute, es una laguna dentro de su cauce, el otro es un torrente. Tratar de contener o de asentar la impetuosidad de una masa revolucionaria, es provocar mayor fuerza en esa masa revolucionaria. Una revolución organizada no es una revolución institucionalizada. Se institucionaliza un proceso cuando los muros se levantan en sus fronteras, desapareciendo la universalidad del fenómeno social, sustituyéndose la solidaridad y el internacionalismo de un proceso por la simpatía y el afecto. Sólo estancándose se institucionaliza una revolución. Sin embargo, es institucionalizable una revolución cuando universalmente sean aceptados los fines y tengan vigencia los más altos fines de la humanidad, desapareciendo las contradicciones que diferencian a las naciones. Por eso un revolucionario ve en el concepto de nacionalidad una idea reaccionaria y retrógrada que impide que los pueblos sean uno solo. Podrán seguir existiendo diferencias de desarrollo económico, dependiendo éste exclusivamente de las riquezas naturales repartidas arbitrariamente en la tierra, pero la tendencia al equilibrio en el desarrollo económico-universal sólo será logrado cuando la distribución de las riquezas del planeta se hagan conformes a principios equitativos e igualdad del hombre, quedando atrás diferencias ra-

ciales, idiomáticas, etc. Esto puede lucir utópico a un conservador o a un reaccionario, sin embargo, son éstos justamente los entornos de un revolucionario, las leyes que acepta un revolucionario. Y, naturalmente, son éstas las leyes que acepta una masa revolucionaria, un pueblo en revolución.

La ideología de un revolucionario, el método que utiliza y el fin que persigue son fundamentales. Tratar de hallar diferencias ideológicas entre revolucionarios es difícil, lo más fácil que puede ocurrir es hallar diferencias en el modo de obrar entre revolucionarios. Lo que distingue a un hombre de otro es cómo resuelve un problema, cómo obra dentro del problema. Esto es siempre reflejo de la idea y ángulo perspectivo de cómo concibe el fin. Puede decirse que los revolucionarios se distinguen por una forma de obrar diferente.

Aquí se entraría en una discusión larga en donde podría afirmarse por algunos que lo que hace revolucionario al hombre es la idea o ideología, la teoría, y lo que hace revolucionario al hombre es la práctica, el modo de obrar, la forma de obrar. Si se aceptan los tres lados de la cuestión: idea, método y fin, no hay duda que el método es el eslabón intermedio que permite más fácilmente encontrar una correspondencia entre la idea y el fin, pudiendo afirmarse que es el método el que hace revolucionario al hombre, o el que determina que sea más revolucionario un hombre. Su forma de hablar con las masas, de atender a los problemas, de resolverlos, sus preocupaciones, estudio, discusiones, forma de vida, he aquí, el modelo de conducta que persiguen con un método que sería el ideal de una revolución.

Si nosotros vemos el cuadro de un país subdesarrollado en Latinoamérica a partir de la capital llegaremos a conclusiones diferentes o si lo observásemos desde pers-

pectivas rurales. El modo imperante es el capitalismo y una de las características de este dominio, de esta situación de superioridad como forma de producir bienes materiales es que los que detentan el poder pertenecen a este modo de producción, son representantes de un grupo específico de esta forma de producción. Hablamos de clase burguesa, explotadora, poseedora de los instrumentos de producción y consecuentemente detentadora del poder. La superioridad técnica del modo de producir con relación a otras formas coexistentes, más la tenencia del poder por un grupo representativo de ese modo, la existencia de instituciones pertenecientes y consecuentemente derivadas del mismo con tendencia a dirigir y hacer entrar a través de ellos a toda la nación, provoca en quien lo observa, un concepto simple de uniformidad en cuanto a la extensión, aplicación, aceptación y vigencia sobre todos.

II.—El Intelectual

La evolución de la conciencia política o lo que podríamos llamar también ideología, no se produce simultáneamente en todos los componentes de un conjunto social. Es cierto que la existencia social condiciona la conciencia social y este principio del materialismo histórico no puede sea aplicado globalmente a un proceso social aun cuando los grados de evolución de un pueblo en revolución sean mucho más rápidos que en cualquier otro. Puede afirmarse que la evolución de la conciencia política es más profunda en ese pueblo, en ese momento, que en cualquier otro. Pero en lo que a este conjunto social respecta, no puede hablarse de simultaneidad porque como conjunto especificado está sujeto a las desigualdades del desarrollo económico en su territorio. Es característico de un país subdesarrollado la coexistencia de formas productivas al lado de un modo imperante, y aunque

esto vale también para un país altamente desarrollado (siempre en comparación con los atrasados) no hay duda que en estos últimos, el modo imperante ha logrado raíces más profundas y desarrollos más amplios, tales que hayan hecho retroceder a las formas de producción más atrasadas. Por coexistir más agudamente en un país atrasado, estas formas productivas y las ideológicas o conciencias a que dan lugar, nos permiten afirmar que igual que coexisten formas de producción, coexisten formas ideológicas que se corresponden a los grados de desarrollo. Piénsese solamente en la diferencia de ciudad y campo, propietario pequeño y arrendatario, colono y aparcerero, obrero agrícola u obrero industrial.

Esta evolución de la conciencia política no puede ser igual, a primera vista parece que se producen saltos. En realidad estos saltos vienen condicionados por la introducción de nuevas formas productivas y no ocurren siempre igual a lo largo de todo el país; coincidiendo las zonas económicamente atrasadas con estados políticos en lo que a lo ideológico se refiere como atrasados también.

Hay hechos que por su importancia o impacto, producen en el sujeto que los vive, la clarividencia de causa a efecto, y aún más, la convicción de que para todos es así, que todos han comprendido, han visto: esto es subjetivo. Quien así piensa no comprende que él ha visto y comprendido acorde con una forma de existencia y que naturalmente la comprensión que se tendrá dependerá única y exclusivamente de la forma de existencia de los individuos, habiendo por tanto, tantas comprensiones o ángulos del ver como atrasos o avances haya en las distintas regiones en lo que a desarrollo económico se refiere. Esto que acabamos de reseñar plantea algunos problemas.

El ciudadano común ve como diferencia esencial entre la mentalidad del campe-

sino y del hombre de la ciudad la educación, consistiendo ésta en una acumulación de conocimientos históricos, geográficos, políticos, económicos y circunscrita a esto, "parece" que la cuestión quedaría resuelta, con escuelas y universidades. No ve, ni comprende que los conocimientos de un campesino en agricultura, podrían llenar libros y libros y que servirían para enseñar a técnicos e ingenieros en muchos casos. No ha comprendido todavía que la ideología depende estrechamente de relaciones productivas, que la acumulación de conocimientos técnicos y científicos serían adecuados en el hipotético caso de su existencia a estas relaciones. Por otra parte, algo que contribuye a oscurecer esta situación, es que la prevalencia de un sistema o modo de producción sobre otros, tiene virtualidad única y exclusivamente en la producción de mercancías, afectando este hecho solamente a los que conviven dentro de este modo. (En el caso del capitalismo industrial a propietarios y obreros).

En el caso de los países subdesarrollados el hecho que domine un modo de producción, no quiere decir que ese dominio sea totalmente o plenamente sobre todos los ciudadanos. Se puede producir y de hecho hace un dominio por cuanto como forma productiva las mercancías son cuantitativamente mayores y económicamente más baratas o costeables, porque las fuerzas productivas son más desarrolladas, por la circunscripción de un modo de producción cualquiera que él sea, en el caso del capitalismo, por ejemplo, es entre propietarios y trabajadores. En lo que a población respecta, esta subdivisión es cuantitativamente diferente, no es la mayoría de la población propietaria ni obrera. Está sujeta a relaciones de producción distintas. Cuando coexisten formas feudales de producción, formas pre-capitalistas y modo capital de producción, éste último enclavado en las ciudades en la

mayoría de los países latinoamericanos, naturalmente que la mentalidad o conciencia social viene determinada por el lugar en que se vive en dicho país.

Es un equívoco pensar, aun cuando técnicamente haya razones para ello, que al hecho de que domine un modo de producción hay que achacar una forma de pensamiento nacional que se corresponde con este modo social de producción dominante. Eso es falso. Técnicamente se puede hablar de la dominación de un modo de producción, pero políticamente, no se puede hablar del dominio de una mentalidad o ideología nacional que se corresponda con este modo de producción. Conocer este hecho o ignorarlo, ha provocado una gran cantidad de errores en revolucionarios y en políticos bien intencionados, porque han adecuado las tácticas políticas y revolucionarias que a su juicio se han correspondido, con una concepción que han tenido del pensamiento nacional, situando casi siempre la contradicción de la capital como si fuesen contradicciones generales de la masa de los ciudadanos; al simplificar mecánicamente esta realidad política, ideológica y social, han incurrido en graves errores. Pongamos algunos ejemplos:

Supongamos que un grupo de revolucionarios con una profunda formación política, emplean una táctica insurreccional en la capital, creyendo con esto que puede tomarse el poder y que lo logran con independencia de la táctica que han utilizado. Este grupo revolucionario se verá obligado, para transformar la sociedad con posterioridad a los hechos, de tener que convencer a la mayoría de los ciudadanos, sobre todo, rurales, que ellos son mejores revolucionarios y tienen la razón. Este hecho de tener que convencer, supone conquistar las masas en un estado ulterior valiéndose para ello de transformaciones sociales. Pero, sin embargo,

Maiacovski era un gran poeta, en ese orden un intelectual; pero antes que nada un revolucionario...

cuando la táctica utilizada se corresponde mucho mejor a situaciones generales en el país, la gran mayoría del pueblo —y en este sentido cuantitativamente— con un pensamiento o ideología determinado por formas de existencia incluso, más atrasadas que las relaciones de producción a que da lugar el capitalismo (caso de cualquier país de Latino América, incluyendo Cuba en el 52), nos encontramos frente a tácticas que parecen complacer y que de hecho complacen más las ansias nacionales que las que aparentemente lograrían, porque es mucho más fácil en cualquier país latinoamericano, levantar las masas campesinas con la idea y el fin de reforma agraria, de dar las tierras a quienes las trabajen, que alzar un movimiento obrero por la disminución de las horas de trabajo o por los aumentos de salarios. Primero, porque son más hambreadas las áreas rurales. Segundo, porque cuantitativamente, son mayores los ciudadanos que dependen de la vida rural. Tercero, porque coexistiendo formas de vida más atrasadas que la condición de obrero en un país subdesarrollado, naturalmente, provoca en el obrero una idea de avance con relación al campesino, que no lo liga a éste. Siendo la Alianza Obrero-Campesina en un país capitalista subdesarrollado que no se encuentra en revolución, una idea sin sentido para cualquier obrero o campesino, y sin embargo, una táctica idónea para un país de estos en revolución.

Tratar de aplicar una táctica revolucionaria para resolver la contradicción mayor del modo de producción dominante, creyendo con esto resolver las contradicciones de toda la nación, es falso.

Tal vez habría que organizar un fórum, mesa redonda, reunión, o algo por el estilo para tratar de definir qué es cultura y cuál es su esencia en un país socialista que se halla dentro de un período de transición, sin fronteras con otros

países socialistas, a miles de kilómetros, cuya característica en el orden económico es agrícola y cuya política internacional por determinadas razones es seguida con mucha atención por todo el mundo:

- 1.—La cultura y los fines de la Revolución Cubana.
- 2.—Cultura e ideología.
- 3.—Historia de las ideas y obras revolucionarias. Si nuestros intelectuales o acumuladores de conocimiento, están, en su esencia fundamental, formados dentro de una ideología burguesa, en el orden filosófico, literario, etc., tendrán que hacer un gran esfuerzo, y comprenderlo así, para situarse al día en estos problemas.

Un ejemplo: un intelectual puede conocer la historia de las ideas políticas, pero esta historia no se aviene con la historia de las ideas del Movimiento Revolucionario obrero desde el siglo pasado.

El cine, el radio y la T.V. en cuanto a cultura se refiere, tienen que mostrar constantemente los ideales de la revolución en su doble naturaleza política y económica. La cultura es la superestructura ideológica o tal vez el lado formal de la estrategia revolucionaria. Ideología revolucionaria y cultura es la misma cosa. No son lados diferentes de una misma cuestión. La ideología burguesa es la cultura del capitalismo en todas sus manifestaciones.

Un intelectual proletario tiene que ser fundamentalmente un conocedor y un práctico, un experto del pensamiento revolucionario y un actor en la transformación social. Si se queda en pensamiento sin inercia, niega sus convicciones, si es todo acción sin pensamiento, es un robot. El hombre, cualquiera que sea su condición, obra y piensa desdoblado en esta condición

bilateral, tratar de hacer la apología de una de estas dos cosas unilateralmente es hacer abstracción absurda por ignorancia o mala fe de la naturaleza humana. Un obrero, analfabeto, es un intelectual con lados insuficientes en su doble aspecto de pensador perfeccionado y productor perfecto.

El que quiere producir primero piensa y luego produce. Un ingeniero agrícola está en mejores condiciones que un campesino para obtener los mejores resultados de la tierra en igualdad de condiciones físicas y esto se debe a la acumulación de conocimientos que tiene el primero sobre el segundo. Aplica conocimientos y experiencias que el segundo desconoce porque hasta ahora no había tenido ninguna oportunidad para conocerlos y en consecuencia ninguna razón para saberlo. El deber en la revolución es llevar, mover el conocimiento, este es un fin del aparato de cultura.

Las manifestaciones culturales del capitalismo van de la concepción idealista de Aristóteles al strip-tease. ¿Podría decirse que la cultura revolucionaria, socialista, va del pensamiento materialista de Marx al Afrocan? Estimo que esto sería una inversión de dirección y en tal sentido un paralelo cuyas líneas llevan direcciones opuestas. La cultura burguesa es una pirámide cuya base milenaria está sustentada por la división de la sociedad en clases, por relaciones de producción definidas. El socialismo es otra cosa, su ideal es la desaparición de esta contradicción. ¿Sería de sentido común imaginar la pirámide cultural del socialismo con la misma concepción formal, y sólo variando el contenido?

Un intelectual revolucionario es un émulo de Marx. Es ese el caso de nuestros llamados intelectuales. No quiero hacer una crítica, ni una polémica. ¿Pero cómo es posible conciliar este concepto con realidades tan evidentes como la que se cons-

tata en la esencia del conocimiento del mismo?

¿Puede llamarse intelectual revolucionario quien conoce e incluso es capaz de recitar trozos completos de Shakespeare y no conoce o entiende "El Capital"? ¿Quién en un país agrícola sabe toda la filosofía platónica desde los diálogos del Fedón o Palma y no sabe la diferencia entre una leguminosa y una gramínea? ¿Puede concedérsele crédito como intelectual revolucionario a quien es capaz de narrar todas las peripecias de Anibal en el cruce de los Alpes y no sabría escoger o explicar las características topográficas de una emboscada guerrillera?

¿Puede llamarse intelectual revolucionario quien conoce al dedillo la revolución burguesa de 1789; pero es incapaz de hablar cinco minutos de la Revolución de Octubre?

El pretendido intelectual:

- a) Sabe quién fue Aristóteles; pero desconoce a Fourier.
- b) Leyó o estudió a Smith, a Ricardo o Tomás Moro y oyó y oye hablar de Marx.
- c) Conoce los discursos de Lincoln y no los de Lenin.
- d) Sabe quién fue y qué hizo Robespierre; pero no Blanqui.
- e) Conoce la historia de Ford o Rockefeller; pero no sabe quién fue Rosa Luxemburgo.
- f) ¿Conocerá, aunque vive en él, cuáles son las características de un país subdesarrollado?
- g) ¿Podría hablar con el mismo conocimiento que ostenta de Spengler y Toynbee cuando se refiere a Lukacs o a Gramsci?
- h) ¿Qué haría en cultura: un organograma o un movimiento?

¿Por qué no erradicamos el vocablo intelectual? O le damos su verdadera definición. ¿Reconocer su existencia y tratarlos como tales no es dividir? ¿Por qué forman un grupo, una capa, tal vez en el futuro una clase? ¿No tratan ya por este solo hecho de diferenciarse del pueblo? ¿No será esto una manifestación burguesa, una característica y consecuencia de la burguesía: pero naturalmente no así en el socialismo?

¿No fue Renán quien primero habló de oligarquía, de intelectuales? ¿Y por qué? Porque pensando en estas cosas no concluimos definitivamente el problema.

No se trata de atacar los intelectuales, sino integrarlos. Es como hablar de los ingenieros o de los peloteros, desvinculados de sus otros quehaceres. De los albañiles como grupo o de los carpinteros o metalúrgicos o niños o altos o negros o blancos o campesinos o traductores o ascensoristas. Dentro de la masa obrera hay especialidades que su nombre indica, pero el conjunto es: Proletarios.

El pueblo es un conjunto humano cuyas partes individuales realizan funciones distintas; pero donde cada función responde al nombre. El obrero desde antaño se identifica como un trabajo físico realizado con las manos. Un metalúrgico es un obrero que trabaja con las manos el metal (mientras tanto piensa lo que hace). Un cortador de caña es un obrero que corta con la mano la caña (mientras tanto piensa). Pero los dos son obreros. Identificados como proletarios por ese milenar y multifacético concepto de obrar con las manos para ganarse la vida. ¿No entraña un desprecio por el trabajo físico y manual el querer considerarse distinto? Un obrero puede tener una especialidad ya sea constructor, agrícola, minero, etc., pero se sabe y tiene conciencia de ello, es un obrero. ¿Pero qué quiere decir intelectual? ¿Qué piensa? Pero si todos

pensamos. El hombre es un animal racional y Unamuno añade: un ser afectivo sentimental. Un pintor es un intelectual. ¿Pero trabaja con la mano! Un músico es un intelectual, pero compone y realiza con la mano. ¿Con qué escribe un literato?

De todo esto se desprende que intelectual es un vocablo genérico, construido con el deliberado propósito de distinguirse o distinguirse.

Que los intelectuales trabajan por cuenta propia y solos, diferenciándose formalmente con los obreros en cuanto a trabajo colectivo y dependencia de un patrón. ¿No entraña desprecio tratar de distinguirse de quien trabaja para otro sin comprender que esto se debe a las relaciones de producción y al estado de las fuerzas productivas? ¿Desprecio o ignorancia?

¿Qué se prefiere ser, patrón u obrero? Desde luego, la respuesta a esta pregunta es irrisoria porque ella es provocativa y podría contestarse del siguiente modo. Patricio en Roma, señor Feudal en Francia antes que siervo de la Gleba, capitalista antes que obrero, y secretario general del partido antes que militante. En fin, dirigente antes que dirigido y gobernante antes que gobernado. Pero repito que la pregunta además de ser provocadora es un mal planteamiento del problema. Marx decía que revolucionario era quien comprendiendo lo injusto de la realidad social la transformaba y Fidel en nuestros días dice que el deber de un revolucionario es hacer la revolución. Es aquí donde hay que hallar la pregunta que nos preocupa. ¿Qué se prefiere ser, revolucionario o contrarrevolucionario?

¿No son los intelectuales, como capa social dentro del modo de producción capitalista un subproducto? ¿No han estado obligados por este modo de producción a distinguirse del resto? ¿Puede ser esto así en el socialismo? ¿Seguirán los intelectuales como título, etc., distinguiendo-

Una revolución puede ser semejante a otra, pero jamás igual.

se del resto humano cuando hayan desaparecido las clases?

¿Por qué no tratamos en este período de transición al socialismo de ir echando las bases para que esta contradicción desaparezca?

Maiacovski era un gran poeta, en este orden un intelectual; pero antes que nada un revolucionario y Lenin un pensador, un intelectual; pero antes un revolucionario y Mao Tse Tung y Fidel también. ¿Y qué era Marx? ¿Quién podría osar poner a prueba el cúmulo de conocimientos de Marx, Engels, Lenin? ¿Quién podría, incluso, gran acumulador burgués, no sólo dudarle, sino comparárseles?

Pero en los casos citados ninguno de ellos se quedó en el dulce y contemplativo goce de la inercia sino que emprendieron como dinamos o motores, la transformación social de la época en que vivieron con el optimismo y valentía del que conoce. No la temeridad del bruto ni el sacrificio inútil del romántico, sino el esfuerzo y el trabajo del inteligente con el pueblo.

¿Será posible que un país, eminentemente agrícola (compelido por las circunstancias del atraso a movilizar todas sus fuerzas y recursos para producir bienes materiales de consumo básicamente necesarios y cuyo medio de consecución inmediata es a través de las manos, de los músculos, del sudor), que coexista un grupo, o una capa, o una clase que se dedique a pensar exclusivamente? ¿O a obrar con las manos en direcciones distintas de las grandes necesidades del pueblo?

Un país atrasado, sometido al neocolonialismo, puede y debe tener el mejor poeta lírico o épico que lleve en la esencia de sus producciones un mensaje liberador a los proletarios. Un escritor cuya novela revele las profundas contradicciones sociales. Y esto, desde luego, también

debe ocurrir en un país atrasado que se dedica a la construcción del socialismo y en donde la esencia del poema o el nudo de la novela revelan las contradicciones y el falso e injusto sistema capitalista. ¿Pero no deben además producir?

Me decía un compañero que la dialéctica es una cosa rara y que a veces mueve a risa. Hubo una época en que el verso de Guillén sobre el soldado se convertía en argumento político en boca del estudiante. Pero hoy lo más poético es la cantidad de caña que corta Reinaldo Castro.

Decía Martínez Villena: "Hace falta una carga para matar bribones".

Hoy hace falta una carga para cortar toda la caña, sembrar toda la vianda, aporcar, fumigar y abonar todos los campos y entrenarse y aprender las leyes de la guerrilla.

Mientras quede hambre en el mundo, mientras los pueblos tengan que empuñar las armas para liberarse, ¿será posible que unos hombres se dediquen únicamente a ser intelectuales?

Nos podrían contestar que hay que pensar para realizar. ¿Podrían creer que les toca a ellos el papel de pensadores mientras a los otros les toca el papel de realizadores, o sea, de máquinas, de instrumentos?

Contestaremos entonces como Marx, Lenin y todos los verdaderos revolucionarios que no se puede bajo ningún concepto *desligar la teoría de la práctica*. Creemos que la naturaleza, la esencia del hombre es bivalente: el hombre está hecho para pensar y luego para aplicar, realizar, poner en práctica, materializar su pensamiento.

No hay pensamiento sin materia ni materia sin pensamiento. No puede haber hombre pensador, sin hombre realizador. Creemos que esta división es una división de clase, derivada de una sociedad cuyo

modo de producción era el de la explotación del hombre por el hombre.

Pensamos que esa división debe desaparecer con el hombre nuevo: el intelectual será barrido de igual modo que el manual. Los dos se juntarán en un solo hombre, un hombre nuevo, perfectamente adaptado a su naturaleza fundamental, un hombre sin frustraciones de ningún carácter, bien sean espirituales o materiales, cuyas aspiraciones se realizarán cabalmente en ambos terrenos.

Partiendo de lo anteriormente expuesto es lícito concluir que en cuanto a Educación y Cultura y a la aplicación de planes y metas que tengan que ver con ello, habrá que atender al estado de desarrollo o nivel educativo de las masas, como base de partida para un plan serio destinado a elevar dichos niveles. Pretender un alto desarrollo educativo y cultural de las masas, partiendo de la subjetiva apreciación que su estado o nivel se halla en la capital, o grandes centros urbanos es un error. Ignorar que la gran masa de la población, rural o urbana, no se halla a las alturas o niveles educativos de élites provenientes de la pequeña burguesía o proletariado de la capital, sería fatal.

Por otra parte, adaptar los planes culturales y de educación a un subjetivo estimar capitalino ayudaría exclusivamente a profundizar las diferencias entre ciudad y campo, o desarrollo y subdesarrollo.

Los planes de educación masivos deben estar dictados por la necesidad de la gran mayoría, y por las posibilidades de ésta. La información Nacional e Internacional tendrá que estar atemperada a esta circunstancia no para interesar sino para lograr su comprensión y consecuentemente formación de juicio.

En el capitalismo la Educación responde
16 a los intereses de beneficio de las clases

dominantes y se difunde acorde con los conceptos de la necesidad de esta clase. La cultura, como realización total del hombre en cuanto a ser universal enclavado en circunstancias espacio-temporales, no le interesa. No ve al hombre como ser histórico con igual derecho a un dominio enciclopédico del saber o como individuo que necesita y tiende al conocimiento profundo de la filosofía o la historia que le permitirá un mejor juicio y la posibilidad de aceptar o discrepar conforme a experiencias y conocimientos acumulados.

Partir de una presupuesta base educacional que resulta falsa es contribuir a la confusión y no añade nada al avance educativo y cultural de las masas.

Pretender encauzar este conocimiento necesario por vía panfletaria y sin sistematización y método es un bochorno a la razón y un irrespeto al pueblo.

Ante un pueblo que tiene que comenzar por aprender geografía e historia para que sepa dónde y en qué época vive y pueda a su vez comprender dónde y cómo viven los demás, resultan incomprensibles obras y libros que se corresponden con niveles educativos y conocimientos acumulados más altos. El revolucionario que comprenda esta situación obrará consecuentemente inspirando los planes educativos y culturales en dirección a la solución de las cuestiones más elementales.

Lo contrario es el mantenimiento del monopolio de la cultura y educación en minorías que cada vez más alejadas de la masa se constituyen en capas contemplativas que *con espíritu paternalista* ven al pueblo en masa como distinto de él. Este divorcio, comprensible en intelectuales de países capitalistas resulta contradictorio e irracional en circunstancias como las nuestras. Esas actitudes solamente son reveladoras de un profundo desconocimiento de las circunstancias político-económicas de la nación o de un profundo despre-

cio por el pueblo y la colectivización o universalización del conocimiento, partiendo desde la base hasta lograr los niveles más altos de una cultura generalizada. El hombre de la ciudad, sea estudiante, obrero, intelectual o técnico, que enfrentado a las realidades del campo descubre las insuficiencias y necesidades del mismo e inmediatamente, que es lo más fácil infiere críticas y se asombra de la ausencia de componentes que considera básicos para una mejor subsistencia, lo único que ha logrado es descubrir el subdesarrollo.

En su análisis, por desconocimiento, ha traspuesto los elementos de juicio y deduce negligencia donde hay esfuerzos y sacrificios, trabajo por acumular e imposibilidades materiales por la falta de recursos básicos con que no cuenta el país.

Ha reflexionado desde la perspectiva citadina, deduciendo con simpleza que todo pudo haber sido como era en la ciudad.

Al campesino u obrero agrícola que viene a la ciudad ocurre lo mismo.

En un país capitalista o no revolucionario las consecuencias a que esto da lugar no interesan por el momento; pero en un país revolucionario el natural resultante es una preocupación por mejorar los niveles de vida en el campo hasta igualarlos a la ciudad. Esto que ocurre en cuanto a confort y forma de vida, hay que lograrlo en cuanto a educación y cultura.

Del hecho que el pueblo entienda el fenómeno revolucionario, sus causas y sus consecuencias, su historial y el lugar que ocupa en el mundo, dependerá su actitud y capacidad de comprensión de la táctica y estrategia del proceso, conceptos éticos y tradicionales, experiencias y sacrificios conscientes en su esfuerzo de construcción organizado y expectante ante una posible agresión imperialista, con participación en

las decisiones productivas lo dotará de la ideología revolucionaria combativa y militante que históricamente lo determinará como indoblegable.

La apología del esquema, en panfleto, las reuniones, la orden que baja, el acomodamiento a disposiciones, frenos y obstáculos que no viabilizan la solución de los problemas y el no ver en la solución y para la solución de ellos la participación del pueblo y de la masa, única forma de encarar y resolver los grandes problemas de la revolución es prueba de no comprender la ideología revolucionaria de un proceso que se mantiene vivo por un método consecuente por su oposición a todo lo mal hecho y su fe en el hombre.

Alzados en guerrillas educacionales los intelectuales y educadores deben llevar el conocimiento al campo. Institucionalizar un método de trabajo y no un organograma. Dotar al estudiante, al obrero, al campesino y al técnico de los argumentos ideológicos del proceso. Poner el conocimiento a nivel de barrio en la ciudad y de cuartón en el campo. Romper con los moldes tradicionales y encarar valientemente la necesidad de elevar la educación nacional. He ahí lo que cremos debe hacer un intelectual revolucionario.

Nuestro lenguaje, el lenguaje de la masa, y nuestra aspiración, la cultura general de un pueblo que lo faculte en el discernimiento de los más abstractos conceptos y dotado de la disciplina consciente de quien conoce objetivos fundamentales de la revolución: la igualdad del hombre en todas sus manifestaciones. El deber del revolucionario es hacer la revolución ha dicho Fidel y esto implica hacerla diariamente, transformar metódicamente, quitar lo absurdo y obstaculizador fustigar lo mal hecho, lo contrario es la complacencia de una posición y apoltronamiento desde posiciones cómodas que resultan ideales para señadores y no para realizadores.